AÑO L. Sábado 30 de Julio de 1910 NUM. 14.595

El Eco de Cartagena

Decano de la Prensa de la Provincia

Suscripción.—En la Península: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—En el Extranjero: Tres meses, 10 id —Número suelto, 0'05 cts.—La suscripción se contará desde 1.° y 16 de cada mes.—No se devuelven los originales.
Redacción y Administración, Mayor, 24

Condiciones.—El pago se hará siempre adelantado y en metálico, ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, *Mr. A. Lorette*, 14, rue Rougemont; *Mr. Jhon F. Jones*, 31 Faubourg Montmartre
La correspondencia al Administrador

El orden público

No acabamos los españoles de educarnos políticamente. Queremos que nuestra Nación se ajuste á los moldes de otros pueblos europeos que se dicen más adelantados, anhelamos que hombres y partidos recojan enseñanzas que fuera de aquí se advierten; pretendemos que los actos de ciudadanía no marchen por cauces distintos de los que la cultura pública traza; deseamos, en suma, que se ofrezcan á toda hora en nuestro país ejemplos de virtudes cívicas. Y luego no hay ocasión en que no salgan á la superficie nuestros malos hábitos nacionales y en que no se haga patente la resistencia que opone nuestro ingénito carácter á reglas de conducta, que en otras partes se observan y que responden siempre á la suprema conveniencia nacional.

Ocurre en España un suceso que entraña verdadera gravedad por las violencias que le acompañen, y las consecuencias funestas que produzca ó pueda producir, y lo primero que hacemos es volver la vista hacia el Gobierno y encararnos con él para acusarle de imprevisor y de ciego.

Pero notamos que se adoptan previamente disposiciones y medidas, que se ordenan concentraciones de fuerzas, que funciona el telégrafo oficial para que todos los á ello obligados estén sobre aviso, y entonces llueven los comentarios, se desatan en verdadero turbión los rumores, se despliega libremente la fantasía, se lanzan á la publicidad sin escrúpulo las noticias de índole más reservada, y hasta se llega al extremo vituperable de acudir á invenciones estupendas por el afán de cultivar las notas sensacionales.

Con ello se despierta la pública expectación, se ocasionan alarmas generales, se agranda la esfera de la intranquilidad y en muchos casos se entorpece la acción del Gobierno y de las autoridades; proporcionándose indirectamente alientos á la rebeldía.

Si el estallido sobreviene, las lamentaciones y las censuras llegan al colmo, sin cuidarnos de advertir que las imprudencias de los elementos sociales llamados á influir sobre el espíritu general, removieron el rescoldo que produjera el incendio; y si por fortuna el peligro temido se conjura, siempre quedan en el ambiente los gérmenes de las zozobras que se esparcieron y así resulta el terreno abonado á la continua, para nuevas intranquilidades y nuevos riesgos.

Las consideraciones que acabamos de hacer, fundadas, ciertamente en la realidad, entrañan un consejo laudable y provechoso que no carece de oportunidad en estos momentos en los cuales tanto se bajaron las noticias relacionadas con el orden público.

Que la cordura se imponga á todos; que los límites de la prudencia no se rebasen por nadie; que la serenidad y la calma sean nuestra regla de conducta; que se procure enjendrar la confianza en el poder público y que por ningún medio nos expongamos á echar combustibles en las encendidas hogueras. Eso es lo que se hace en otras partes, en casos análogos, y lo que conviene é importa que se haga aquí.

CAMPESINA

(CREPUSCULO)

Tierra cálida, tostada,
de Castilla en la llamada;
tarde ardiente de verano;
hay olores de majada
y oscila el trigo lozano
sobre la espiga dorada.
Campos prívidos. Las lomas
entre tintas policromas
encorvadas por reveses,
donde arrullan las palomas,
donde hay divinos aromas
exhalados por las mieses.
Tierras ricas en matices,
como innúmeros tapices
de pardos tonos pintados;
como inmensas cicatrices...
Borbotan en los sembrados
los cantos de codornices.
Allá abajo, el arroyuelo
culebrea por el suelo,
y en las tierras, con su yunta,
canturrea el rapazuelo
—que ya los aperos junta—
sobre el manso boyezuelo...
Allá lejos, los hogares,
entre azules olivares,
entre planfas y entre flores,
entre inmensos castañares,
entre ricos familiares
que respiran los amores...
Y la moza campesina
con sus ojos como antifina
y sus cabellos trenzados,
bajo la paz vespertina,
á la sombra de la encina
y en el verde de los prados...
Y en el monte, zagalejas,
atusando las guedejas
de sus trenzas de sibilas,
en el tálamo de arvejas..
y tras ellas, las ovejas
con su música de esquilas..
Y el labriego en la besana
de la hermosa tierra llana,
empuñando el corvo arado
por fecundarla se afana...
Se divisa la lejana
vieja torre del poblado ..
Cae la tarde; sosegada,
tan tranquila, tan callada,
tan pacífica y serena...
y se duerme la llanada
melancólica, alumbrada
por divina luna llena.
Luego, noche magestuosa,
tan callada, tan hermosa
cual la tarde que la aduna;
y en la tierra perezosa,
soberana, misteriosa,
la luz blanca de la luna.

Manuel Tomé de la Iglesia.

La lotería en Cartagena

En el sorteo de la Lotería Nacional celebrado hoy en Madrid ha sido agraciada nuestra población con el tercer premio importante 40.000 pesetas que ha correspondido al número 3.407 cuyo billete ha sido expendido en la favorecida administración de loterías de la calle de la Marina Española que á su cargo tiene nuestro querido amigo D. Carmelo Marín.

También ha correspondido premios de 1.500 pesetas á los números 7.251 y 4.194 que han sido expendidos en esta población.

A la hora de entrar en máquina nuestro número ignoramos quién ó quienes sean los agraciados.

Cuento y Cárceles

La corrida de feria

Con motivo de la corrida de toros que ha de celebrarse en nuestra plaza el domingo 7 del próximo mes de Agosto la compañía de ferrocarriles de M. Z y A. ha dispuesto que en dicho día saldrá de Murcia para esta ciudad un tren especial, que partirá de la estación de Murcia á las 7,25 de la mañana llegando á esta á las 10,25.

De esta saldrá dicho tren de regreso para la capital á las 9,10 de la noche llegando á Murcia á las 11,45.

El miercoles próximo llegará un buen número de caballos que ha adquirido el contratista de la citada corrida en las plazas de Valencia y Alicante.

También en el tren mixto de dicho día llegarán los seis hermosos toros elegidos por la empresa en la famosa ganadería de don Anastasio Martín, los cuales al día siguiente de ser enchiquerados, quedarán expuestos al público en los chiqueros de la plaza, que como decimos en otro lugar han sufrido importantes reparaciones y ofrecen gran seguridad para los aficionados que allí acuden.

En el despacho de localidades se advierte la animación que reina por la dicha corrida pues tanto ayer como hoy ha habido gran demanda de barreras, palcos y sillones.

EL ECO DE CARTAGENA se vende en Madrid en el kiosko de la calle de Alcalá, frente á la Presidencia del Consejo de Ministros.

La plaza de toros

El nuevo propietario de la plaza de toros de esta ciudad D. Serafín Cervantes, está introduciendo en nuestro circo taurino importantes reformas y realizando obras que seguramente han de dejar el edificio en condiciones y comodidad.

Los chiqueros que se encontraban en el más completo abandono y el tránsito por las cubiertas ofrecían inminente peligro, se están sustituyendo por fuertes terminados é implantado ciertas innovaciones en ellos.

La cuadra de caballos cuyo estado no podía ser más deplorable se ha ensanchado y cubierta con tejados de armaduras de hierro.

Los tendidos se están revistiendo de una gruesa capa de cemento, y cuya reparación estará seguramente terminada para la corrida del próximo día siete de Agosto.

Las gradas cubiertas serán también arregladas convenientemente, así como los palcos, sillones y antesillones.

Las cubiertas de los terrados que están verdaderamente ruinosos serán reemplazadas por otras de gran resistencia.

Merece pues toda clase de aplausos el nuevo propietario de nuestro circo taurino por los sacrificios que está llevando á cabo al introducir en nuestra plaza de toros tan importantes reformas.

EL MERO

Cuento del sábado

Ahorro y Aplicación

Para los niños

I

Por una de las más importantes calles de una gran ciudad, y confundido entre la multitud de chiquillos que pululan por ella, se vé un muchacho de unos nueve años, raquítico y enfermizo, que, separado del montón que juega alegremente, está sentado en un portal. Apoya su pálida cara en sus sucias manos cuyos brazos mantiene sobre las rodillas. Piensa en su familia; en su padre sin trabajo; en su madre enferma, y en sus hermanitos que piden pan. Piensa también en su casero; en ese tirano, que los ha amenazado con arrojarlos á la calle si no pagan pronto la cantidad que deben. Varias veces se ha dispuesto á tender la mano al primer transeunte; pero no tiene valor para ello y cada vez que pasa alguien y vá á pedir su vergüenza se lo impide, y, ó bien retírala pronto por miedo á que se la vean ó bien disimula, rascándose ó haciendo cualquier otra cosa.

Más... he aquí el cuadro triste y desolador que se presenta en la estancia en el miserable cuartucho que habita....

. . . . . .

En un rincón de la misérrima buhardilla yace, tendida sobre un jergón de paja que se sale por los cuatro costados, una mujer joven aún, y en cuyo rostro han impreso, la anemia y los sufrimientos morales y materiales, profundas huellas.

Un obrero se halla sentado sobre una de las sillas que hay en la habitación, rodeado de varios niños de corta edad que á voz en grito piden pan.

El pobre hombre está agobiadísimo ante aquellas cabecitas rubias que van á perecer por falta de pan... ¡¡de hambre!!!

II

A las diez de la noche del mismo día entra en la habitación un hombre alto, seco, enjuto de carnes, que anda apoyado en un bastón y acercándose al lecho de la enferma coge su mano; después de haberle tomado el pulso movió la cabeza en sentido de disgusto, como queriendo expresar que el mal avanzaba y tomaba alarmantes proporciones.

Luego llamó al padre aparte para que los niños no lo oyeran y dijo que la preparasen y que se preparasen todos pues iba á morir.

Sobre el lecho, y envuelta en una blanca sábana á manera de sudario está muerta la madre de Juanillo. El padre pasea por la habitación con los puños cerrados y crispados los cabellos, midiéndola á grandes pasos.

Los niños están amontonados en un rincón; y de pronto el padre se acerca á su mujer y cogiéndola de ambos brazos la levanta y dice:

—Lola, Lola de mi vida ¿qué has hecho? me has abandonado, te vas y dejas aquí á tus hijos. Venid—dijo luego dirigiéndose á los niños—venid, dadle un beso á vuestra madre.

El más pequeño se acerca y le dice:

—Mamá, mamá, despiértate.

—Hijo mío—dice el padre—pobre hijo mío si la mamá no está ahí.

—¿Qué no está? Sí, miralo. Mamá, mamá, y rompió á llorar.

Entonces Juanillo dice:

—La mamá se ha ido al cielo ¿No? ¡papá!

—Sí, hijo mío, dice el padre cogiéndolo y estrechándolo en sus brazos y dándole un beso. sí hijo mío.

Después besaron á su madre y nuevamente se retiraron al rincón donde empezaron á sollozar.

III

A la mañana siguiente cuando se llevaban á la madre empezaron de nuevo los sollozos y empezaron á decir todos.

—Mamá, mamá, ¿dónde te vas?... ven.

El padre se volvía loco y no sabía qué hacer,

Juanillo pidió permiso á su padre para irse al extranjero á ver si podía vivir mejor que allí. Le dijo que probaría, y que si le iba bien lo llamaría.

***

Hete aquí á Juanillo en el muelle y dando vueltas hacia arriba y hacia abajo cuando divisó un buque grande y en él se metió preguntando si hacía falta algún grumete y si querían tomarlo á él. Accedieron y á los dos días el buque zarpó para New-York

IV

Durante la travesía, como era novato se mareó un poquillo; pero como no le costaba nada el viaje, pues precisamente por eso se había matriculado de grumete...

Al anclar en el puerto de New-York pidieron los pasaportes y como Juanillo no los llevaba, hubo de ser escondido para no ser visto,

Llegó la «Sanidad»... allá fué Juanillo á enseñar la lengua y á que le tomaran el pulso.

rrimos las calles al paso de nuestros caballos, pero los pusimos al galope tan luego salimos al campo.

—¿Quiere usted atrapar á ese Juan de que habla? preguntó Tarlein.

—Sí; y convendrá usted conmigo en que he cebado bien el anzuelo. Nuestra bonita Dalila de la posada atraerá al Sansón del castillo. La precaución del duque Miguel de no tener mujeres en el castillo no basta, amigo Tarlein. Para lograr completa seguridad se necesita que no haya faldas en cincuenta leguas á la redonda.

—Con que las haya en Estrelsau me basta—dijo el enamorado Tarlein dando un suspiro.

Subimos por la avenida que conducía á la villa Tarlein, y apenas pudo oirse desde ésta el paso de los caballos, salió Sarto apresuradamente á recibirnos.

—¡Gracias á Dios que vuelve usted sano y salvo!—exclamó.—¿No ha asomado ninguno de ellos por el camino?

—¿De quiénes habla usted, coronel?—pregunté echando pie á tierra.

Nos llevó á un lado, para que no le oyesen los lacayos.

—Joven—dijo—basta ya de cabalgar solo ó poco menos por estos alrededores. No puede usted volver á hacerlo sin que le acompañemos media

XIII

A la mañana siguiente dí algunas órdenes y me sentí más satisfecho que nunca. Había puesto manos á la obra, al trabajo, y éste, ya que no cure el amor, es por lo menos como un narcótico que nos permite olvidarlo temporalmente. Sarto, que andaba agitado y nervioso, se sorprendió mucho al verme aquella mañana, arrellenado en cómodo sillón de brazos, escuchando la canción amorosa que, con muy buena voz, entonaba uno de los caballeros de mi séquito. Tal era mi ocupación cuando el más joven de los seis, Ruperto Henzar, que

—¿Y Juan?—le pregunté, empezando á comer. ¿Qué tal está?

—Apenas lo vemos ahora, señor.

—¿Por qué?

—Yo le dije que venía por aquí muy á menudo.

—¿Es decir que está enfadado y se oculta?

—Sí señor.

—¿Pero tú puedes hacerle volver por aquí?

—Es muy probable...

—¡Oh, sí! Yo sé lo mucho que tú vales y puedes—le dije haciéndola ruborizarse de placer.

—Pero señor, no sólo es eso lo que lo aleja de Zenda. En el castillo tiene ahora mucho que hacer.

—Pero si el duque no está de caza...

—No, señor; pero Juan tiene á su cargo el servicio interior.

—¿Juan convertido en doncella de servicio?

La muchacha se desvivía por chismear un poco.

—Es que no hay allí nadie más que pueda hacerlo—replicó.—Ni una sola mujer. Es decir, como criada, porque no falta quien diga que... Pero es falso, sin duda.

—No importa, sepamos lo que dicen.

—Pues corre el rumor de que en el castillo habita una señora. Lo cierto es que Juan tiene que servir á los caballeros que allí residen ahora.

—¡Pobre Juan! No dejará de hallarse muy ocupado. Sin embargo, estoy seguro de que nunca le